

Jokoni y otros relatos otomíes sobre la fauna



Paola Denisse Lozano Vera

Ilustraciones
Michell Hernández Vázquez



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

Jokoni y otros relatos otomíes sobre la fauna

Paola Denisse Lozano Vera

Ilustraciones

Daniela Michell Hernández Vázquez

Corrección de estilo

Diego Rivera Hernández

Diseño Editorial

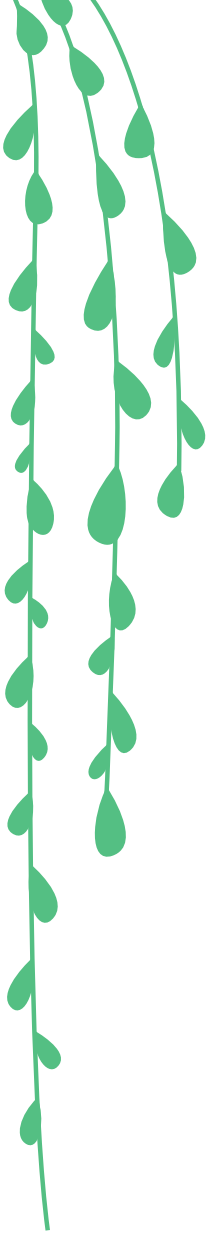
Corina Ramírez Hernández

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2021

*En homenaje a
Alfredo López Austin*





Introducción

¿Te imaginas un mundo sin la compañía de los animales?

Ese sería un escenario triste para la humanidad. Nuestra especie y la vasta diversidad de otras no se encuentran separadas entre sí, al contrario, convivimos con una fauna exquisita en todo momento. Este hecho, para las comunidades indígenas, tiene un valor loable porque es un elemento imprescindible en sus relatos escritos y de tradición oral. La presencia de la fauna endémica del territorio mexicano conforma personajes dignos de reconocer en las historias que cuentan los antepasados. Además, en cada región se proponen distintas maneras de plasmar la participación de la fauna por el cambio de su localización geográfica. Y en general, entre las distintas culturas mesoamericanas se comparte una taxonomía de figuras-zoológicas en cada uno de sus relatos.

Ya sean las heroicas hazañas del tlacuache, las sabias intervenciones del tecolote, las travesías al *Mictlán* de los caninos y la revitalizadora acción del zopilote. Cada una de las historias capturan su naturaleza, así como su valor social y religioso. También es inimaginable separar la cotidianidad de los pueblos con los animales domésticos, en su mayoría la relación es estrecha y significativa porque conforman sus experiencias diarias con su entorno. Sin olvidar la profundidad de sus poderes espirituales, los cuales erigen sistemas complejos como en el caso del *nahualli* y el *tonalli*. En estos precedentes textos se rescata el mensaje de los dioses metamorfoseados en animales, quienes buscan la preservación de su hábitat y aclaman una reverencia.

Los tiempos modernos demandan un cambio de nuestros hábitos y la relación caótica con la naturaleza. Problemas relacionados con la contaminación, el cuidado de la tierra, el cultivo del alimento sagrado son temas de interés para los pueblos indígenas. La sabiduría de las deidades se transmite a través de la voz de los animales. Es de relevancia retomar los

consejos de las antiguas civilizaciones para volver a conectar con los valores de amor y empatía hacia las diversas formas de vida que no son como nosotros, pero no por eso menos importantes. En el caso de la lengua *hñähñü*, el pueblo otomí conserva una variedad de cantos donde prevalecen las actividades de los animales. A modo de inspiración, se retoma esta labor poética y literaria para la elaboración de cuentos donde se aborda el tema de la conservación ambiental.







Pada (Zopilote)

El día que nació mi hermano, un zopilote andaba volando sobre la casa y de vez en cuando se posaba sobre un garambullo. Era sencillo reconocerlo por sus colosales alas negras y su cabeza plateada. Mis abuelos nos contaron que años atrás su plumaje era blanco como el alcatraz, pero con el tiempo cambió de color. Se cuenta que esa ave es la encargada de purificar la tierra. Lleva en su pico toda la carroña que dejan otros animales y asea nuestro hogar.

Al día siguiente lo volví a ver cuando caminaba por el sembrado. Esta vez llevaba consigo una bolsa de plástico con la

que batallaba. No sabía si se la llevaría lejos o se la comería. Dejé a un lado la leña que juntaba, la resortera la escondí debajo de un árbol y corrí a buscar a mis papás.

—Mamá, mamá, el zopilote necesita ayuda, se enredó con un plástico.

—No te preocupes por eso, hijo, ese lugar está destinado para cultivar la calabaza, el chile, el frijol, ¡ay cuánto se me antoja!, y es casi imposible que alguien haya tirado allí sus desperdicios.

—Te lo juro, yo lo vi. Vamos a ayudarlo, si no lo hacemos entonces ¿quién será el encargado de limpiar?

—Nosotros hijo, nosotros. Mejor tráete la leña para calentar el agua para el baño de tu hermano —obedecí, pero realmente quería volver para asegurarme que el ave había podido llevarse ese plástico.



Desde que mis abuelos me hablaron sobre la labor del zopilote en el mundo, pienso todo el tiempo en cuántos desechos hay en el pueblo. Él está encomendado por los dioses para mantener el ciclo de la vida, pues se lleva los desechos de la muerte del camino. Me detuve a observar algunas raíces y las enredaderas de los costados de las calles. En todos lados encontré envolturas, botellas, propaganda y bolsas. Pensé por qué al zopilote no se le apetece comerse estos objetos.

Pronto mi hermano crecerá. Mi familia estaba preocupada porque en su nacimiento el ave volaba sobre la casa. Decían que podía ser un mal augurio, o al revés, el niño sería muy fuerte y sano. No lo sabíamos, hasta después de unos cuantos años mi hermano tuvo un sueño en el que el zopilote le dijo que lo protegería. Solamente le pidió que nunca dejara de cantar:

Ña xan pada mangú gan'syo
(El zopilote está volando sobre mi casa)
Gên gan gíngue man tzen tzu ni gan'syo
(las moscas están zumbando sobre mi olla de nixtamal)¹

Ahora que él y yo hemos crecido, nos gusta pastorear los borregos mientras cantamos alegremente al zopilote. Nos emociona que nos ayude a cuidar la tierra y también si no aparece, tratamos de recolectar toda la basura que encontramos, pues con entonar estos versos nos motiva a mantener limpia la tierra y también unida a la comunidad.



¹ Canto recuperado en la obra de Mendoza, Vicente T., *Música indígena otomí*, México: UNAM, 1997.





Jokoni (Guajolota)

Hija mía, hija mía, recuerda que nadie debe enterarse de cómo por las noches nos habita la *Jokoni*. Pronto me iré al otro lado del mundo, en donde viviré por más tiempo entre los muertos, pero siempre vendré a verte cuando caiga el sol y la luna ilumine el cerro. Algunas veces seré una bola de fuego, otras un pequeño destello, o si bien me va, tendré la cabeza redondeada con una cresta rojiza-azulada. Sé buena y cuida la milpa, mientras tanto iniciaré mi viaje. Una vez que se fue la madre, la pequeña olvidó su

deber de alimentar a los polluelos y especialmente a la *Jokoni*. Prefirió salir de vez en cuando a pasear por las calles y olvidar a los animalitos de su madre. En el momento que regresó a su casa, se dio cuenta de que algo faltaba. Se percató que el corral estaba abierto y no había rastro de la *Jokoni*.

En el pueblo se decía que su mamá y ella eran de esas mujeres que vuelan. Ellas no se lo tomaron en serio, pues sólo seguían con la tradición de cuidar las aves, especialmente el guajolote que por muchas generaciones la familia trataba con gran cariño. Mientras la hija buscaba y corría por todos lados en busca del animal, lloraba por la impotencia de no encontrarla. Salió al campo vecino por si allí daba con ella. En eso, a lo lejos observó un fuego intenso y se acercó lentamente para descubrir de qué se trataba. El viento golpeaba fuertemente las hojas de los árboles y en medio de la maleza de la hierba se posaban abiertas las alas ardientes del ave. La niña adivinó que era la *Jokoni* y se echó a correr para alcanzarla. Fue en vano el esfuerzo físico de la pequeña, en eso se encontró con un borrego y le preguntó:



—¡*Dejti!*, ¡*Dejti!*! ¿Dónde se ha ido el ave?

—Solo porque me has llamado con mi verdadero nombre, podría revelarte dónde se ha marchado, pero primero debes darme un poco de alfalfa, pues ya me cansé de rumiar en este seco pastizal —respondió el borrego alzando sus orejas.

—¡Vamos!, esto me tomará mucho tiempo, ¿por qué no me lo dices? Prometo darte lo que quieras de alimento si me dices. No debo perder de vista al ave —dijo la niña con desesperación.

—Tómalo o déjalo —sentenció el borrego.

La pequeña decidió no discutir con *Dejti* y mejor encontrar alguien más que pudiera ayudarle. Pasó por el campo de la *Guade* (gallina) y se detuvo para tomar un descanso en la búsqueda de algún grano de maíz esparcido por ese terreno. La niña no dudó en acudir a ella, y en efecto, la gallina sabía el trayecto que tomó el ave.

—Te confesaré el secreto. Te reconozco, eres parte de la familia de las aves, puedo notarlo con tan solo verte. Nosotras tenemos la visión para saber quién posee alas. Pasa por

ese pequeño camino, detrás de ese grupo de mezquites se esconde la *Jokoni*. Tiene algo de miedo, no la asustes. Háblale bonito, pero antes, ¿me juras darme una mazorca para saciar mi hambre y la de mis hijos?

—Así será, te lo daré con mucho gusto. Me recuerdas a mi madre, y te protegeré porque gracias a ti, puedo hablar con ella también —respondió la niña con el llanto entre las mejillas.

—Te esperaré hija.

—Te buscaré —respondió mientras corría.

Regresó a su casa por alimento, pero tampoco había preparado la mezcla de maíz. En ese momento no sabía cómo solucionarlo, entonces se acordó que tenía un poco de semillas. Las guardó en su morral y regresó donde estaba *Guade*.

—Mira, mira, ¡te he traído algo de alimento!

—Gracias, hijita —contestó la gallina cálidamente.

Dejó a su nueva amiga comiendo. Se dirigió con entusiasmo atrás de los árboles; ¡Allí estaba la pequeña *Jokoni*! Entonces,

la niña con una cara de asombro se sintió muy feliz después de pasar un mal rato sin saber nada de ella. Pensó que, si perdía a la guajolota, ya no tendría comunicación con su madre. Ella nos recuerda que tenemos alas y entre nosotras podemos volar.







R'ay'o ra'ngu'ra griyo

(La casa nueva del grillo)

Salta, salta y salta el grillo en la ciudad. Canta, canta y canta por las noches y despierta a los niños sin querer. La vida de los insectos no es nada silenciosa. Cuando las luces de las calles se apagan, todos ellos entonan su música.

Hace mucho tiempo, muchísimo, *Gi* se cansó del ritmo tan acelerado por los ensayos y presentaciones de su banda musical. Quería un cambio, entonces decidió mudarse, pero no sabía exactamente cuál sería su nuevo hogar. Así que viajó brincando de región en región donde pudiera sentirse tranquilo y alegre.

Él era un grillo muy valiente y dedicado, pero necesitaba un descanso. Su cri, cri, cri, era tenue y bajito porque tenía mucho sueño, apenas podía sostenerse con sus patitas. Pero eso sí, atravesó grandes distancias y conoció ¡gran variedad de flores y animales! Uno de sus lugares favoritos fue el estado de Hidalgo y pensó que sería agradable vivir allí.

Su primera parada fueron *Los Mármoles*. Se adentró al pueblo e inmediatamente se asombró por las colosales rocas que estaban en la punta del cerro. Quiso saber qué era, pues le parecía como si fueran personas enormes. Temblaba de miedo por si algo pudiera ocurrirle. En el camino se encontró a *Saha*, una tórtola muy amigable. Le contó sobre los primeros gigantes que habitaron el mundo, él los llamó *wemas*, pero no porque quisiera, sino que conocía la historia.

—Para los otomíes, antes de que ellos habitaran estas tierras, los *wemas* formaron los cerros. En algunas partes se encuentran sus sillas o las tazas donde bebían, pero solo quedan los restos. También les llamamos *cangandhos*, los huesos de los antepasados —dijo *Saha*.

—¿Y sólo existieron aquí? —respondió *Gi* con un gesto de asombro.

—No, es posible que, si encuentras otro cerro cercano, también habiten *cangandhos* —mencionó mientras sacudía sus alas.

—¡Qué gran misterio! —respondió *Gi*.

—Cuidan si alguien lastima las flores. Algunas veces se camina y sin querer uno está sobre las pequeñas hierbas, pero si la intención es acabar con el lugar, asustan a quienes atacan a la naturaleza —dijo *Saha*.

—Entonces, también nos protegen ¿cierto? —respondió *Gi* esperanzado.

—Sí, ¡somos parte de este mundo! —En eso, *Saha* se elevó al aire y dijo. —Tengo que irme, pequeño, buen viaje.

Gi retomó su trayecto con más entusiasmo que al principio. Saltó con más fuerza para atravesar cada una de las colinas. Ganó seguridad para deambular sin precaución.



Imaginó cómo sería si los gigantes todavía fueran los guardianes de la tierra. Reafirmó que habría más respeto hacia su especie. Después de unas cuantas horas, llegó a *Ixmiquilpan*, el corazón del valle del Mezquital.

Era un día de fiesta, la mayoría de las personas traían un collar de hierbas con cempasúchil, fruta y pan. En el patio de la plaza central, donde estaba una capilla, se encontraba un grupo de mujeres que cantaban en una lengua que no conocía *Gi*. Se acercó lentamente a la algarabía y entendió algunas palabras. Reconoció el nombre del festejo, se trataba de la celebración del Señor de Jalpan. Tomó la iniciativa de moverse hacia las cantoras, quienes portaban su *ixtle*, una camisa rectangular con tejidos rosas y su *ayate* en la cabeza.

El pequeño *Gi* estaba fascinado por la interpretación del grupo musical. Revivió con una alegría auténtica su afecto a cantar, aunque no comprendiera totalmente las palabras, le provocó un sentimiento familiar, como si ya lo hubiese vivido. En ese momento *Zethu*, una abeja que andaba por allí, le preguntó:

—Oh, pequeño saltamontes ¿qué haces por aquí?

—¡No soy un saltamontes!, yo porto una espada, bueno, mis antenas —respondió *Gi* moviendo sus extremidades. Después agregó —me detuve por aquí a escuchar a estas señoritas, pero no entiendo muy bien lo que cantan.

—¡Ah!, no te preocupes, y una disculpa por confundirte, solo que ha pasado mucho tiempo sin ver un insecto de tu especie. En cuanto a la música, yo soy la traductora de los animales de esta región. Al principio instruyo a los que vienen de otros pueblos. Me encanta mi labor porque conocen nuestra lengua *hñähñu*.

—Pero también me di cuenta que hablan español —respondió *Gi*.

—¡Claro!, utilizamos las dos lenguas para comunicarnos, pero jamás olvidamos la de nuestros orígenes y además hablan las abuelas y abuelos —continúo la abejita. —No te dije qué cantan las mujeres, pero ahora es turno de los pequeños. Les dije que te prepararan una canción para ti.

Inmediatamente todos los niños del pueblo se colocaron en el escenario y empezaron con la melodía *R'gi*. Habla sobre la travesía del grillo en busca de su bella flor, aquella que mantiene sus pétalos abiertos para recibirlo. *Gi* se entusiasmó cuando *Zethu* le dijo que coincidió el día de su visita con la llegada de Jalpan, quien cuida la cosecha y las comunidades. Pues él es hijo de nuestra “Madre vieja” Zinana y “Padre viejo” Zidada.

—Ixmiquilpan es tu nueva casa, *Gi, jamädi* —le dijo *Zethu*.

—*Jamädi* “gracias” —respondió el grillo.







Tucurú

(El tecolote)

Después de terminar el día, cuando el manto del cielo se ilumina con estrellas y sale la luna, las aves nocturnas habitan la tierra. Ellas tejen las constelaciones y con su canto arrullan a la humanidad. Acarician el ánimo de todos los habitantes y, algunas veces, traen las noticias de los dioses, quienes deshilachan o dirigen el destino de la vida.

Tucurú era uno de estos mensajeros, se cubría con sus alas perfectamente en la corteza de los árboles y observaba desde su escondite a las personas que caminaban por el campo. Cerraba sus ojos para disimular su apariencia con el café profundo de la naturaleza, ya sea el barro, las piedras o la oscuridad

de la noche. Esto no sucedía siempre, en otras ocasiones su mirada abierta y desafiante dejaba ver sus relucientes pupilas; de un amarillo intenso y que expresaba la sabiduría de los antepasados.

A nadie le gustaba encontrarse con este pájaro, pues se cuenta en la comunidad que verlo a los ojos o escucharlo cantar atraía un mal augurio. La familia de mi abuelo le contó esa historia y él nos la compartió cuando éramos pequeños. Le gustaba cantarla antes de irnos a dormir, apretaba entre sus manos su sombrero después de quitárselo, se sentaba a la orilla de la cama para afinar su voz.

—Oh, ave madrugadora, *tucurú*, no vengas esta noche, duerme, duerme, que el carpintero no te aleje de mi amor —canturreaba para no interrumpir de golpe la quietud de la noche.

—*Tucurú, tucurú*, duerme, duerme —le respondíamos mis hermanos y yo para hacerle compañía con el coro.

—¿Y qué pasa si viene a la casa, abuelo? —contesté con timidez mientras cubría mis orejas con mis manos.

—No lo sabemos —se pasó la mano por la frente y continuó.
—Pero se dice y ha pasado, que anuncia el viaje a otro mundo, donde están las personas que más amamos. No se lo deseo a nadie, pero eso no lo decidimos nosotros. Lo que sí podemos hacer es cantarle para decirle que lo respetamos. Así, quizá, tarde más tiempo en aparecerse por aquí. Y eso, hijos míos, es una gran fortuna, pero eso sí, jamás le tengan miedo. Tarde o temprano tendrá que pasar. Verán, su canto solo es una advertencia para prestar más atención a las ofrendas venideras a los dioses.

—Nos enteramos hace unas semanas que el bebé de Azuceña se lo había llevado el *Tucurú*. Otros decían que se lo robó la mujercita del cerro. Cuando fuimos al sembrado de la comunidad, donde se cultivaba frijol, calabaza y chile, ¡ah! y cómo dejar a un lado los árboles de duraznos y granada en los alrededores del terreno, nos contó el guardia de la zona qué había pasado con el paradero del recién nacido.

—Estuve momentos después cuando Azu se dio cuenta que

su hijo no estaba en su petate —se tocó el cuello como si se le dificultara hablar y continuó diciendo. —Lo buscamos entre las hierbas, por toda su casa, todita. También caminamos en los alrededores por si alguien lo había visto, pero no, ninguna señal de su paradero. Ahí fue cuando empezamos a suponer que se trataba de alguien del pueblo porque nadie había cruzado la entrada de bienvenida. No había visitantes, ni alguien que no conociéramos.

—¿Y qué hicieron después? —agregué lleno de intriga.

—Nada muchacho, lo dejamos a la suerte. Realmente me sorprendió que abandonaran la búsqueda del pequeño. Tenía que aparecer en cualquier momento, si no, pues ya no había remedio. Azu estaba agotada de tanto gritar y preguntar dónde se lo habían llevado, ¿quiénes? ¡Sepa!

—Entonces, debe estar por aquí, en algún lugar vecino —le respondí.

—Seguramente, pero eso ya no nos toca a nosotros. Pronto vendrá la noticia, esperemos.



Las señoras del mercado también hablaban de la desaparición del bebé. Entre ellas estaba Marcela, una mujer con aspecto misterioso. Tenía arrugas en todo su rostro a pesar de que era muy joven, treinta años, si no mal recuerdo. Se dedicaba a la costura del *ixtle* y vivía por la punta del cerro. Amarraba de vez en cuando a sus gallinas en los huecos del mármol, entre las faldas de la colina. Eso les causaba desconfianza a las personas al hablarle o simplemente ser su amiga, pero sin duda le iba bien con las prendas que tejía. Muchas de las jovencitas le compraban las chambritas para sus hijos, y además les daba consejos de amor, del matrimonio y sobre qué hacer si sus esposos...

—Yo tejí una cobija para el hijo de Azu. Tuve un presentimiento de regalársela, pues antes de anochecer escuché que los vientos estaban muy fuertes —tomó un racimo de zacate de limón, lo metió a su bolsa y agregó. —Supuse que podría pescar un aire frío, entonces me dirigí a su hogar, pero al salir de mi casa sentí que alguien me observaba, por lo que dirigí la

mirada a mi alrededor y coincidí con un *tucurú*. Me asusté, saltó mi corazón, pero retomé el camino.

—Ay, doña Mar, ¿pues cómo se atrevió a salir tan de noche? ¿No recuerda el dicho? —respondió una señora que estaba junto a Marcela.

—¿Cuál? —respondió otra señora.

—Sí, *Numu i tuju un tukuru un i ñatho i tuu* “Cuando el tecolote canta el indio muere”.² Por eso apresuré el paso, mi cobija protegería al bebé, pero llegué algo tarde. El ave comenzó a cantar y me puse nerviosa. Le respondí: *di nuedi nuthogua yä deni, di nuedi ta yapu yutze ji jueti!* “yo tejo cerca las flores y lejos las estrellas; ¡brillan!” y él me contestó *koji gi äja* “quédate a dormir”.

—¿Te quedaste en tu casa? —preguntó una señora.

—Me quedé en mi casa, le hice caso al *Tucurú*.

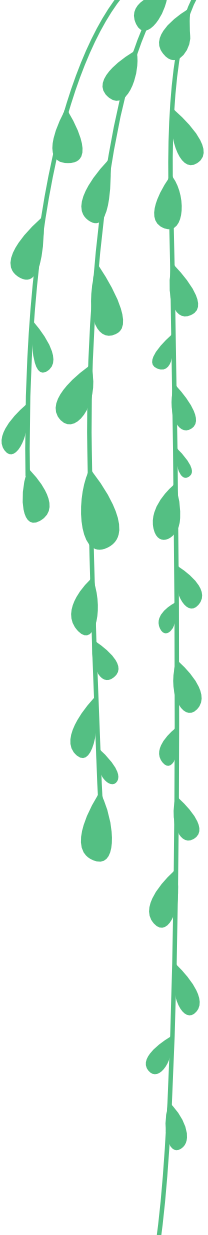
2 Dicho recuperado en Lázaro de la Vega, Margarita. *El entorno cultural de los otomíes*. FOEM, México, p.118.

Entonces todas las señoras se sorprendieron de lo que había vivido Marcela. Y seguramente todas pensaron que el ave volaría a visitar al pueblo. Si bien la mayoría dudaba de las historias de la señora del cerro, le tenían respeto porque ella podía comunicarse con los animales. Los veía como sus iguales, los cuidaba mucho y valoraba sus espacios. Por eso, dicen, ellos le confían los secretos y el porvenir de algunas vidas, pues tenía esa facilidad de traducir su lenguaje y comunicar los mensajes a través del ñhähñu. Todavía algunos habitantes de la comunidad le hablaban, pero cada vez se aprendía menos. Pasaron los días y nadie supo qué pasó con el bebé, pero siempre que venía mi abuelo a la casa, cantábamos la canción “Duerme, duerme, *Tucurú*”. Ahora que él se fue con el tecolote al otro mundo, nosotros, mi familia, jamás dejamos de cantarle al ave porque queremos vivir muchos años más y no olvidar nuestra lengua, la amamos y ella a nosotros.



Bibliografía

- Lázaro de la Vega, Margarita. *El entorno cultural de los otomíes*. México: Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, 2017.
- Mendoza, Vicente T., *Música indígena otomí*, México: UNAM, 1997.
- López Austin, Alfredo. *Los mitos del Tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, México, UNAM, 2006.





**GOBIERNO DE
MÉXICO**

INPI

INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



México, 2021